

La calle

para el martes trece de abril de 2010

Diario de un espectador

Un iraquí en México

por miguel ángel granados chapa

El periodista francés Bertrand Rosenthal nos condujo al momento en que Fernando Suárez del Solar, un mexicano emigrado a Estados Unidos, padre de Jesús, un soldado muerto en Irak, llegó al suelo del sacrificio de su hijo. Recogió un puñado de tierra para montar en él, a su vuelta a san Diego, en California, una cruz que recuerde al muchacho, que se había dado de alta con la esperanza de convertirse en ciudadano norteamericano. También pretendía clavar una cruz en el sitio en que probablemente su hijo fue deshecho por un proyectil de las insurgencia iraquí, pero lo pensó mejor y reflexionó en que lo conveniente sería dejar el símbolo en un templo.

Muchos muchachos de ascendencia norteamericana aceptaron luchar en Irak, especialmente en los primeros momentos, cuando la propaganda del presidente Bush hizo creer que se trataba de establecer la democracia en un país dominado por el dictador Saddam Hussein que además se proponía combatir contra Estados Unidos con armas de destrucción masiva. Aunque después se comprobó que nada de eso era verdad,, lo cierto es que abundan los soldados de ascendencia mexicana: “En los chaquetones de los soldados norteamericanos se pueden leer sus nombres: Cuántos Sánchez,, cuántos Kim...¿Qué sacrificio más grande puede haber que morir por la futura patria? Varias decenas de mexicanos murieron en Irak.

Fernando lleva en él la contradicción de los que emigran a Estados Unidos. A pesar de la muerte de su hijo y de su amargura hacia las autoridades, se queda en ese país, señalado cual El Dorado. Y sin embargo, habla de su hijo como de su ‘guerrero azteca’ y recuerda que el presidente mexicano de ese entonces, Vicente Fox, envió una bandera tricolor para el funeral de Jesús.

Durante el camino de regreso, tenemos mucho cuidado al rebasar los convoyes estadounidenses en la autopista: no hay que acercarse demasiado a ellos para no ser confundidos con posibles asaltantes. En la parte central, soldados y máquinas de obras públicas cortan los últimos árboles que podrían servir de escondite a tiradores emboscados. Pienso en Jesús: si no estuviera muerto sólo habría sido un soldado más siguiendo órdenes, y sin esa tragedia personal su padre no se habría vuelto un soldado de la paz.

--Vinimos aquí con una mentalidad de combatientes, no como tropas de paz --me explicará más tarde Miguel Balderas, otro soldado de origen hispánico, entonces asentado en Faluya, ciudad rebelde al norte de Bagdad donde se desarrollarían más tarde intensos combates”

Como casi es inevitable entre corresponsales, Rosenthal se inclina a ratos por hacer sociología y no periodismo: “Los estadounidenses tienen el don de hacerse odiar”, dictamina. Y no tarda en explicar uno de los factores de ese resultado: “No es que los estadounidenses sean peores que otros hombres, pero tienen una sucia enfermedad: aplican la misma regla en cualquier parte del mundo, sin importar las culturas o las

situaciones locales que, en general, desconocen por completo”. A eso se añaden los odios locales:

“Hatem Saleh, periodista iraquí amenazado fue recibido en México por la Casa de refugio Citlaltépetl. Él estima en 100 000 las víctimas de Saddam Hussein en la región sunita de la que es originario...y atribuye el odio mortal que hoy enfrenta a las dos comunidades, a la influencia del Irán chiíta. Teherán armaría las milicias integristas”..